

Introducción

Sergio Ugalde Quintana y Ottmar Ette

En 1963, en medio de una coyuntura en la cual era necesaria la consolidación del proyecto de una nueva crítica literaria, Roland Barthes publicó un texto, en *Modern Language Notes*, donde señalaba las disputas al interior del campo intelectual francés sobre los métodos y las formas de los estudios literarios del momento. Ahí destacaba que “actualmente en Francia tenemos dos críticas paralelas: una crítica, que para simplificar, llamaremos universitaria y una crítica de interpretación” (Barthes 1967, 293). La primera se caracterizaba por sus perspectivas metodológicas positivistas, heredadas de los trabajos de Gustave Lanson; la segunda se asociaba a alguna de las grandes corrientes intelectuales del momento: el marxismo, el existencialismo, el psicoanálisis o la fenomenología. La crítica positivista tenía las aspiraciones de establecer los hechos y “los conocimientos exactos” de las obras (Lanson 1895, 7); la crítica de interpretación les adjudicaba un significado y un sentido. La primera “afirmaba basarse en un método objetivo” (Barthes 1967, 293); la segunda, de forma abierta, tenía un sustrato ideológico. En específico, esta última distinción era ilusoria. “Como Mannheim ha demostrado, el positivismo es también una ideología como las demás (lo cual, por otra parte, no le impide en modo alguno ser útil). Y cuando inspira a la crítica literaria, el positivismo deja ver claramente su naturaleza ideológica” (Barthes 1967, 294). De esta manera, el autor de *Le plaisir du texte* elaboraba un escenario propicio, en el que pugnaban dos grupos, con la intención de situarse él mismo al interior de una de las agrupaciones contendientes y anunciar el surgimiento y la formación de la “nouvelle critique” (Ette 1998, 161-163; Dosse 1991-1992). Un hecho destacaba en esta estrategia de representación discursiva: el supuesto carácter objetivo de la crítica positivista en realidad era una ideología que, de forma implícita, asignaba valores y significados a conceptos como autor, psique, obra, creación, contexto, etc. De manera similar a lo señalado por Roland Barthes, en la tradición crítica alemana se podría hacer una división de la filología románica en dos campos. Un primer linaje estaría auspiciado por Erich Auerbach, quien escribió su *opus magnum* en el exilio y desde la extraterritorialidad de una filología sin residencia fija. Auerbach no fue hispanista; el capítulo dedicado al Quijote fue añadido de forma posterior

a la redacción primigenia de *Mimesis*. Sin embargo, Werner Krauss, su discípulo y sucesor en la cátedra de Marbach, no solo fue hispanista sino un comprometido combatiente de la resistencia contra Hitler y los Nazis. Krauss, por esa razón, fue condenado a muerte y en su celda condenatoria escribió un bello libro sobre Baltasar Gracián y una espléndida novela. La segunda tradición de la filología alemana, bastante posterior, nos llega por un personaje que, en su primera vida, fue miembro de la Waffen-SS y tuvo la más meteórica carrera militar en ella a nivel nacional: Hans Robert Jauss. Esta segunda vertiente de la filología se concentra en la estética de los fenómenos de recepción y crea, vista desde hoy, una escuela no de constancia sino de conservadurismo.

La historia de la crítica literaria que aspira a presentarse como el resultado de un trabajo objetivo, neutro, técnico, puro, sin intenciones culturales, políticas o ideológicas es amplia y abundante. Mencionaremos otro ejemplo del ámbito hispánico. En 1892, en el marco de los festejos del cuarto centenario del “descubrimiento de América”, la Real Academia Española encargó a Marcelino Menéndez y Pelayo la elaboración de una antología de poetas hispanoamericanos. Consciente de las implicaciones políticas de su tarea, pues mutuos rencores entre América y España –“herencia triste de larga y encarnizada guerra”– ensombrecían su labor, Menéndez y Pelayo escribió una “advertencia preliminar” donde justificaba su procedimiento y aclaraba las razones que lo habían guiado al realizar su florilegio. Su punto de partida, aseguraba, no era ninguna concepción política o ideológica sino una idea eterna de lo bello: “[he dado] entrada únicamente a lo más selecto [guiado] por aquellos principios de buen gusto universalmente adoptados en la crítica moderna” (Menéndez y Pelayo 1893, 5). El polígrafo de Santander estaba convencido de que actuaba bajo los principios perennes de una estética que

canoniza en todo tiempo lo bueno y execra lo malo, y por aquella doctrina técnica que, menos sujeta a error que las disquisiciones puramente metafísicas sobre el arte, conduce a resultados seguros aunque modestos en lo que toca a la forma exterior de las composiciones, dentro de cada tiempo, de cada género, y de cada lengua (Menéndez y Pelayo 1893, 5).

Pese a esa confesión de parte, todo un arsenal de ideas, concepciones, prejuicios sobre lo que debería ser la unidad espiritual y literaria entre las repúblicas americanas y la “madre patria” se dejaba leer entre líneas a lo largo de la selección y los estudios historiográficos que elaboró. Menéndez

y Pelayo no toleraba las fisuras que las obras de personajes como José Martí, José María Heredia, Domingo Faustino Sarmiento, Esteban Echeverría y Gabriel de la Concepción Valdés “Plácido” representaban para su trabajo crítico (Díaz Quiñones 2003, 65-166).

La pretensión de “pureza” ha sido, tal vez, uno de los puntos de partida para que, a partir de los años setenta del siglo XX, comenzara a sistematizarse una revisión crítica de las distintas tradiciones intelectuales encargadas de los estudios literarios. Varios estudios han señalado cómo la crítica literaria participa de una serie de creencias y suposiciones sobre el ser humano, la vida, la imaginación, la política y la cultura. Edward Said en su libro *Orientalism* mostró el complejo entramado que se estableció desde finales del siglo XVIII entre filólogos, críticos, lingüistas y el proyecto imperial sobre el medio oriente (Said 1978); Maurice Olender, al analizar las inquisiciones sobre el origen del lenguaje, desveló también las dimensiones políticas e histórico-culturales de la filología (Olender 1989); Markus Messling ha demostrado cómo el racismo y los procesos de racialización conformaron una estructura epistémica en los estudios lingüísticos y textuales del siglo XIX (Messling 2012 y 2016); Ottmar Ette ha escrito varios textos donde muestra la trayectoria de la filología románica y las tareas de una filología futura (Ette 2004 y 2016); Rafael Mondragón Velázquez, para el ámbito latinoamericano, publicó recientemente un libro donde reconstruye los debates y los problemas teóricos que han enfrentado los estudios literarios en América Latina en la última centuria; una de las líneas que se puede seguir en ese trayecto es la tensión fundamental entre crítica literaria y poder, entre conocimiento sobre la literatura y las concepciones sobre la política y la cultura (Mondragón 2019).

Este segundo volumen de *Políticas y estrategias de la crítica* aspira a situarse en el horizonte de esas constelaciones que apuestan por una revisión de los fundamentos, los principios y los saberes en torno a la literatura.¹ El libro está dividido en cinco secciones: 1. Los desafíos, 2. La vida de las obras, 3. Las trayectorias, 4. Las lecturas y 5. Las batallas. En cada una de ellas reunimos trabajos que se aproximan, desde puntos de vista diversos, a cuestiones que consideramos nodales para hacer esta revisión de la disciplina.

1 En la introducción al primer volumen de *Políticas y estrategias de la crítica* hacíamos un breve recuento bibliográfico de los diversos trabajos que podrían considerarse en esta misma estela. A él remitimos al lector.

En la primera parte se agrupan trabajos que, ante todo, proponen una serie de desafíos a los actuales caminos de los estudios literarios. En ella se plantean problemáticas que van desde las complejas formas de relaciones entre literatura y conocimiento hasta las tareas pendientes de la historiografía literaria. Ottmar Ette, en su artículo “Elogio al *et cetera*. Hacia una epistemología de la ampliación” sostiene que el pensamiento de Occidente se ha sustentado en una filosofía de la alteridad que lleva implícito un proyecto identitario. Ese sistema bipolar ha asimilado al *otro* como algo construido (y con ello lo desaparece) o lo ha convertido en una figura de alteridad estática. Frente a esa estructura de reflexión, caracterizada por la necesidad de un dialogismo y de un proceso universalizante, Ette propone ampliar el pensamiento a nuevas formas de comprensión, ya no determinadas de forma espacial, sino en movimiento, donde la lógica unívoca abra paso a una polilógica. Frente a las ideas de totalidad, plenitud, continuidad, asociadas siempre a un proyecto expansionista y homogeneizador, Ette propone un pensamiento de la carencia, de la escasez, de la oquedad y de lo discontinuo que presupone una epistemología de la ampliación. Para desarrollar ese saber, Ette postula una estructura móvil profundamente relacional bajo el signo de la equipolencia. La figura que concentra ese “ir más allá”, y que evita la reducción a una sola lógica, es el *et cetera*. Los laboratorios privilegiados para desarrollar esa epistemología de la ampliación son las literaturas del mundo. De esta manera, la filología polilógica representa un desafío para un proyecto que quiere ir más allá de la alteridad, lo identitario, el diálogo, la universalización, la plenitud, la lógica unívoca y la homogeneización.

En su contribución a este volumen, Raúl Rodríguez Freire realiza un doble recorrido crítico: por un lado analiza las estrategias retóricas de la colonización de Occidente; por otro, desmonta de forma crítica los presupuestos teóricos del *Decolonial Turn*, asumido principalmente desde la academia estadounidense. En este doble trayecto, Rodríguez Freire pone a prueba los límites y las utilidades del arsenal conceptual que se ha generado para pensar la cultura desde el continente: hibridez, transculturación, heterogeneidad, sincretismo. A partir de las tesis del paleontólogo André Leroi-Gourhan, Rodríguez Freire asume que la movilidad es un hecho consustancial a la humanidad y que no hay creación “pura” y “original”, sino condiciones materiales que favorecen la posibilidad de lo que se inventa o la recepción de lo que se recibe. Estas dos tesis conducen a la premisa de que “*los pueblos hacen frente al futuro* y [no frente] al pasado”. Una idea

que tiene su correlato en el señalamiento de Roland Barthes: “la unidad del texto no está en su origen, sino en su destino”. Al final del artículo, el ensayista retoma la imagen del canibalismo ceremonial para reivindicar una lógica que va más allá de un principio de identidad. Con el acto de deglución se plantea la posibilidad, no de una reflexión identitaria sobre el origen, o sobre la residencia estable, sino sobre un proceso en movimiento que implica una constante transformación. El ensayista cierra su texto con un par de preguntas: “¿qué ocurriría si comenzáramos a preocuparnos por esas historias que desbordan las nociones de campo, casa, o nación? ¿Qué pasaría si hiciéramos del movimiento el rasgo significativo de toda cultura, asumiendo, eso sí, que se trata de una cuestión consustancial a la emergencia de la humanidad, de lo humano como tal, y no una mera contingencia?”.

En su artículo sobre Rodolfo Walsh, Grínor Rojo se pregunta: ¿cómo puede el texto ficcional, que nos entrega por definición una realidad “inventada”, en un lenguaje asimismo “inventado”, denunciar el horror histórico de una manera que resulte fehaciente? ¿Cómo puede la literatura del escritor Rodolfo Walsh cumplir con las mismas funciones que cumple su periodismo? Y en una última extensión de esta misma paradoja: ¿Cómo puede la literatura “comprometerse” o, lo que no es distinto, cómo puede la literatura desempeñar una “función social”? A partir de estas inquietudes, el crítico chileno realiza una inquisición sobre los realismos literarios y sus pretensiones de verdad. Revisa y acude a las concepciones centrales en torno a la noción de verisimilitud y, finalmente, toma una postura:

Leer literatura *hoy* es leer lo ficcional con una doble conciencia: soy un sujeto moderno y sé que lo que estoy leyendo es ficción, pero hago como si estuviera leyendo no ficción. Suspendo mi incredulidad, pero no la elimino sino que la envío al patio de atrás de mi conciencia.

A partir de todas estas inquietudes, el artículo de Grínor Rojo llega al núcleo de su trabajo: la literatura como conocimiento y como política. Pues, al preguntarse por el estatuto del realismo en la obra de Rodolfo Walsh, el crítico chileno indaga también por el estatuto de la política al interior de la literatura y por el conocimiento de lo real a través de lo irreal, es decir, por el estatuto del conocimiento literario.

Mónica Quijano analiza una deuda en la historiografía literaria mexicana: la omisión de las literaturas en lenguas indígenas. Su artículo hace un recorrido por tres trayectorias que explican esa ausencia. En un principio

analiza el desarrollo de las historias de la literatura mexicana y muestra cómo en ellas se han silenciado o se han representado de forma conflictiva las tradiciones literarias en lenguas originarias. En un segundo momento realiza un recorrido por los distintos indigenismos y repasa, de forma general, a los letrados que se acercaron desde el exterior a las manifestaciones literarias indígenas. Finalmente, hace un recuento de las distintas discursividades indígenas. En esta sección, Quijano muestra cómo han emergido nuevos sujetos actores 'auto-identificados' como indígenas para hablar de sus propias tradiciones literarias. El artículo de Quijano deja abierta varias rutas de trabajo y enuncia varios retos o desafíos para la crítica y la historiografía literaria mexicana del porvenir.

En la segunda sección de este volumen se agrupan tres trabajos que tratan obras significativas de la crítica literaria en el siglo XX en Hispanoamérica. En ellas se encuentran proyectos, visiones, contradicción y búsquedas emblemáticas de sus respectivos momentos. Fernando Degiovanni analiza el libro clásico de Enrique Anderson Imbert *Historia de la literatura hispanoamericana* (1954). A partir de cartas inéditas y de una lectura detenida del texto, Degiovanni reconstruye tanto la dinámica externa del libro (las condiciones políticas de la posguerra, la situación personal y académica de Anderson Imbert en Estados Unidos) como el entramado interno de su discurso crítico. Degiovanni encuentra hilos comunicantes entre la perspectiva estilística y el higienismo social; entre la lógica de mercado y la creación de un lector común; entre las convicciones socialdemócratas liberales de Anderson Imbert y la defensa de la profesionalización y estetización del hecho literario. En todo ese escenario, Degiovanni realiza una lectura en la que se entrecruzan las predilecciones estéticas y las aversiones políticas; la perspectiva teórica y metodológica y las convicciones ideológicas de Anderson Imbert.

Sergio Ugalde Quintana propone una lectura política del libro de Alfonso Reyes, *La crítica en la edad ateniense* (1941). Escrito en pleno desarrollo de la Segunda Guerra Mundial, este libro, que recibió el primer Premio Nacional de Literatura en México, propone una actualización de la cultura griega clásica y sugiere, al mismo tiempo, una modelación ética para el ciudadano en un momento de crisis bélica. Con este volumen, Reyes daba respuesta a una serie de inquietudes sobre el papel de la literatura, de la crítica y del intelectual en la formación de la polis nacional y global de esos momentos.

El artículo de Hugo Herrera Pardo está dividido en tres secciones. Primero sostiene que las ideas secundarias en las obras de pensadores y teóricos relevantes pueden desvelar las relaciones de poder. Después describe el debate intelectual suscitado por *La ciudad letrada* de Ángel Rama. En este punto señala los principales cuestionamientos que se han hecho a este libro: se ha criticado su homogeneidad en el objeto de estudio; sus extrapolaciones teóricas; su preponderancia de la cultura impresa; su presupuesto de la autonomía literaria; y sus generalizaciones a partir de casos ejemplares. Pardo se pregunta: ¿Cómo es posible que un texto tan criticado sea considerado, entonces, trascendente para su campo? La respuesta se encuentra en la productividad de un libro inacabado que rompe límites teóricos del momento. En el último apartado, Pardo, a partir de una serie de notas sobre un texto de Iván Illich, cierra su trabajo con unos comentarios sobre una idea secundaria en Rama que podría revelar nuevos caminos para repensar este libro: la materialidad del lenguaje.

La tercera parte del libro reúne un par de artículos en los que se expone el desarrollo intelectual de dos figuras clave para los estudios literarios en España e Hispanoamérica. En su artículo, “Carlos Blanco Aguinaga o la literatura como motor de la historia”, Joseba Buj realiza un doble análisis de la postura marxista del crítico español. En la primera parte analiza la trayectoria vital de Blanco Aguinaga en relación con su ejercicio crítico; en la segunda, analiza las relaciones entre teoría e ideología a partir del vínculo entre literatura e historia. Joseba Buj asegura que la trayectoria vital y crítica de Blanco Aguinaga está definida por tres descentramientos. El primero es el de su vasquidad que, más allá de las totalizantes ideologías identitarias, lo provee de una visión crítica solidaria con los pueblos preteridos y las clases relegadas. Este primer descentramiento se caracteriza por la obsesión que Aguinaga tuvo en torno a la obra de Miguel de Unamuno. El segundo descentramiento es el del exilio en México. En ese país encuentra una atmósfera paradisíaca y una burbuja de gueto cultural que le permiten experimentar tiempos y espacios que no le corresponden. A este momento se asocia su lectura de la obra de Juan Rulfo. Con ella pone en práctica un ejercicio crítico y teórico en el que la historia siempre está en tensión con la forma literaria. El tercero descentramiento es el su vida académica en los Estados Unidos, con estadías en España, que le permite realizar, desde su experiencia como un vasco, exiliado español en México y representante de la minoría chicana en Estados Unidos que lucha por la acción conjunta con la minoría negra, críticas a la hispanidad desde una

lectura del Unamuno socialista. Finalmente, Joseba Buj asegura que en la obra de Blanco Aguinaga se define la literatura como “forma en tensión con el todo histórico/social”. Esto se consigna en la “Explicación previa” de la *Historia social de la literatura española* donde se asegura:

Sólo desde el pensamiento marxista, un pensamiento que se piensa a sí mismo críticamente, puede empezarse a desmitificar las pretensiones ideológicas de la producción superestructural, cuyas dos peculiaridades son: crear en y proponer su independencia absoluta y creer, por lo tanto, que no es determinada por la Historia.

En su contribución, Juan Valdez analiza las contradicciones que surgen de la representación ideológica del español que Pedro Henríquez Ureña plasmó en su obra filológica e historiográfica. Para Juan Valdez, el intelectual dominicano elaboró de manera sistemática una diferenciación del español americano respecto del peninsular. Sin embargo, al mismo tiempo, Henríquez Ureña aseguró que la variedad del español de Santo Domingo reflejaba el carácter españolizado de los dominicanos. Esta contradicción se debía, en la lectura de Juan Valdez, a que Pedro Henríquez Ureña concibió el tema negro como un obstáculo en su representación y elaboración de la dominicanidad y del latinoamericanismo. Su reacción no era atípica, formaba parte de toda una ideología nacionalista dominicana que insistió en ignorar a este grupo social y que, en una clara agresión simbólica, le atribuyó cualidades de inferioridad.

En la cuarta sección de este libro se agrupan dos trabajos que analizan las formas de la lectura, y la potencialidad que ellas pueden dar a sus configuraciones teóricas, en dos figuras clave de la tradición crítica e intelectual peruana. A partir de las reseñas que José Carlos Mariátegui escribió sobre la obra del escritor rumano Panait Istrati, Marco Thomas Bosshard reconstruye la idea prototípica de crítica literaria que el ensayista peruano puso a funcionar en su obra. En esta idea no había una disociación entre los principios estéticos y los ideológicos, sino una abierta fusión de “la exégesis literaria” con las “pasiones e ideas políticas”. Para Bosshard, las lecturas que Mariátegui hizo de la obra de Istrati no estaban exentas de tensiones y de contradicciones. En un primer momento, el autor de los *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana* consideró que la obra del rumano era un arte “nuevo”, “rehumanizado” y “revolucionario”. De ahí que se pudiera considerar como un modelo para la nueva novela peruana y latinoamericana. Sin embargo, poco antes de morir, en el último texto sobre crítica

literaria que publicó en vida, Mariátegui mostró sus vacilaciones: por un lado tomó distancia de las abiertas críticas al sistema bolchevique que el rumano hizo en sus relatos de viaje y testimonios sobre la Unión Soviética; por otro, reivindicó la autonomía de lo estético en las novelas de este revolucionario rebelde. En el ejercicio crítico de Mariátegui, desde la propuesta de Bosshard, se conjugan tanto la intuición estética, la capacidad sintética, la subversión artística y la proyección ideológica.

Julio Prieto hace un recuento de las lecturas críticas que Antonio Cornejo Polar hizo a lo largo de su carrera de la novela póstuma de José María Arguedas: *El zorro de arriba y el zorro de abajo*. Varias etapas son señaladas en ese trayecto. En principio, Prieto destaca que los primeros comentarios del filólogo peruano, expresados en *Los universos narrativos de José María Arguedas* (1974), dejaban entrever una perspectiva negativa sobre esta novela. Con el paso del tiempo, estas opiniones cambiaron. En algunos de sus últimos artículos, Cornejo Polar mostraba una productiva reformulación conceptual a partir de la lectura meditada de esta obra. Incluso en el libro más famoso de Cornejo, *Escribir en el aire*, la presencia de *El zorro de arriba y el zorro de abajo* se hace de forma liminar, pues no se le comenta de forma directa, sino mediante elisiones. El trabajo de Julio Prieto demuestra la importancia que esta novela de Arguedas tuvo para la elaboración de conceptos clave en la perspectiva crítica de Cornejo Polar, en especial en las nociones de heterogeneidad y de sujeto migrante.

La última de las secciones de este libro compila trabajos que analizan las batallas culturales y conceptuales de tres figuras motrices de la crítica literaria latinoamericana de la segunda mitad del siglo veinte. Para Rafael Rojas, el proyecto de Roberto Fernández Retamar en torno a “una teoría de la literatura latinoamericana”, elaborado en los años setenta y en diálogo estrecho con las tendencias intelectuales promovidas por la revista *Casa de las Américas*, está marcado profundamente por los efectos de la Guerra Fría en la región y por las tensiones ideológicas que eso conllevaba. En sus trabajos de ese periodo, Fernández Retamar no solo ajustó cuentas con la tradición discursiva del ensayo literario hispanoamericano, especialmente con Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes, y con algunos panoramas de la literatura latinoamericana escritos en los años sesenta, sino que configuró la apuesta por una “teoría literaria” con un trasfondo filológico y estilístico desde la ideología marxista-leninista, apoyado en la semiología de la URSS y Europa del Este. Todo esto con la finalidad de marcar una ruta diferente a la del estructuralismo y el post-estructuralismo occidental

y elaborar un latinoamericanismo mediado por las posiciones teóricas provenientes del bloque soviético.

Dos trabajos tratan la relación intelectual y crítica entre Ángel Rama y Antonio Candido. En ellos se pone en evidencia la necesidad de continuar los intercambios y el diálogo intelectual entre Hispanoamérica y Brasil. En el primero de ellos, Pablo Rocca indaga, a partir de las posiciones e ideas de ambos estudiosos, hasta qué punto es posible asociar, filiar o conciliar la radicalidad política con la radicalidad literaria. En un principio, Rocca hace un recuento de los vínculos intelectuales entre ambos, a partir principalmente de los diálogos entre el libro *La generación crítica* (1972) de Rama y *Formação da Literatura Brasileira* (1959) de Candido. Después analiza la posición de ambos frente al problema del realismo. Todo esto en medio de una época marcada por el hundimiento de la esperanza socialista y el ascenso de las dictaduras del cono sur. La conclusión de Rocca es contundente: la obra de Borges, el mayor revolucionario de las formas, que no escatimó opiniones conservadoras y reaccionarias, desafió “el último límite de la radicalidad del pensamiento crítico de estos dos grandes críticos”.

En el segundo trabajo, “Antonio Candido, América Latina”, João Cezar de Castro Rocha analiza el posible proyecto latinoamericano que surge del diálogo intelectual entre ambas figuras. El autor pone en contexto el vínculo entre Candido y Rama, realiza un recuento de su intercambio epistolar, muestra lo necesario que era para ellos entablar lazos comunicantes entre el mundo hispanoamericano y Brasil y destaca la importancia que tuvieron las reflexiones del crítico brasileño en la definición del proyecto latinoamericano de Rama. La lectura de *Formação da Literatura Brasileira*, libro clave en la obra de Candido, fue importante para Rama pues ahí encontró un modelo de historización que rompe con el teleologismo esencialista nacional. Para Castro Rocha, Candido propone en esa obra una idea de nacionalidad *a posteriori* y ahí se puede encontrar la posibilidad de pensar un nuevo concepto de América Latina en el que no haya elementos estables para una definición autocentrada sino en la proyección de una unidad futura a través del conocimiento mutuo y el establecimiento de vías de comunicación entre los distintos países hispanoamericanos y Brasil.

La estructura capitular de este libro quiere mostrar la diversidad de entradas que se pueden sugerir al acercarse al problema de las políticas y estrategias de la crítica. No obstante, hay en cada uno de estos acápite una interpelación constante con las otras secciones. Los desafíos, las inquisiciones, las problemáticas o los cuestionamientos planteados por los autores,

en alguna sección, se ven implícitamente aludidos en otra parte, por otros artículos. Nociones como movimiento, crisis, ideología, teoría, recorren y cruzan casi todas las perspectivas. A partir del escenario propuesto por este libro se pueden desprender algunas ideas provisorias. Varios son los hilos comunicantes y las tareas pendientes. En principio, se puede destacar la función fundamental que tiene la literatura para configurar un saber específico sobre el mundo. De ahí que los estudios literarios y las filologías, entendidas en un sentido amplio, sean el núcleo del saber humanístico. Así lo sostenía Erich Auerbach y con él toda una larga tradición de filólogos-filósofos. Después, habría que resaltar la función pública de ese saber crítico. Todo ejercicio de lectura, de análisis, de ordenación histórica del fenómeno literario o de la lengua representa una incidencia en el mundo del lector. Todo método implica una política de la lectura y de la representación. De ahí que muchas de las propuestas críticas sean también una disputa por la formación de comunidades lectoras. Estas batallas llevan consigo diálogo, relaciones, vinculaciones. La lectura de estos trabajos deja claro que estas apuestas epistémicas, estas obras críticas que configuran saberes y conocimientos, estos ejercicios de lecturas críticas, estas trayectorias, estas batallas (no exentas de contradicciones) son parte de un universo textual en constante expansión. Pese al esfuerzo por querer mostrar un abanico amplio, son evidentes los vacíos en este volumen. El principal: la ausencia de trabajos sobre las estudiosas literarias, sobre las críticas y las filólogas. Un libro completo se podría hacer con las políticas de la crítica implementadas por figuras como: Camila Henríquez Ureña, Margit Frenk, Beatriz Sarlo, Josefina Ludmer, entre muchas otras. Somos conscientes de esta carencia. Ojalá que en un futuro próximo podamos subsanarla.

Referencias bibliográficas

- Barthes, Roland. 1967. *Ensayos críticos*. Traducido por Carlos Pujol. Barcelona: Seix Barral.
- Díaz Quiñones, Arcadio. 2003. *Sobre los principios: los intelectuales caribeños y la tradición*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.
- Dosse, François. 1991-1992. *Histoire du structuralisme*. Paris: La Découverte.
- Ette, Ottmar. 1998. *Roland Barthes. Eine intellektuelle Biographie*. Frankfurt a.M.: Suhrkamp.

- Ette, Ottmar. 2004. *ÜberLebenswissen. Die Aufgabe der Philologie*. Berlin: Kadmos. [Hay traducción al portugués: (2015) *SabeSobreViver. A (o)missão da filologia*. Trad. Paulo Soethe et al. Paraná: Universidade Federal do Paraná.]
- Ette, Ottmar. 2016. *Der Fall Jauss. Wege des Verstehens in eine Zukunft der Philologie*. Berlin: Kadmos. [Hay traducción al español: (2018) *El caso Jauss. Caminos de la comprensión hacia un futuro de la filología*. Trad. Rosa María Sauter de Maihold. México, D.F.: UNAM/Almadía.]
- Lanson, Gustave. 1895. *Histoire de la littérature française*. Paris: Librairie Hachette.
- Menéndez y Pelayo, Marcelino. 1893. "Advertencias generales". En *Antología de Poetas Hispano-americanos. México y América Central, tomo I*. Madrid: Sucesores de Rivadeneyra.
- Messling, Markus. 2012. "Philologie et racisme: A propos de l'historicité dans les sciences des langues et des textes". En: *Annales. Histoire, Sciences sociales* 67, n° 1: 153-182.
- Messling, Markus. 2016. *Gebeugter Geist. Rassismus und Erkenntnis in der modernen europäischen Philologie*. Göttingen: Wallstein.
- Mondragón Velázquez, Rafael. 2019. *Un arte radical de la lectura. Constelaciones de la filología latinoamericana*. México, D.F.: UNAM.
- Olender, Maurice. 1989. *Les langues du paradis. Aryens et sémites: un couple providentiel*. Paris: Gallimard/Seuil,
- Said, Edward. 1978. *Orientalism. Western Conceptions of the Orient*. London: Penguin.